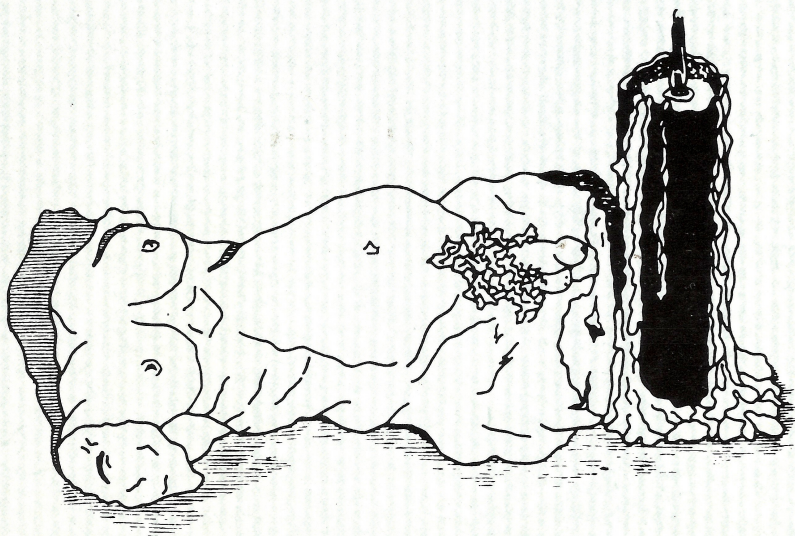


Alejandro Céspedes

*Las palomas mensajeras
sólo saben volver*

IX PREMIO DE POESÍA HIPERIÓN



poesía Hiperión

ALEJANDRO CÉSPEDES

*LAS PALOMAS MENSAJERAS
SÓLO SABEN VOLVER*

(1984-1991)

BIBLIOTECA VIRTUAL ACEB

En Madrid, el 15 de marzo de 1994, reunido un jurado compuesto por D^a Blanca Andreu, D. Luis García Montero, D. Carlos Piera, D. Jenaro Talens, D. Jesús Munárriz y D. Francisco Castaño, acordó por unanimidad conceder el IX PREMIO DE POESÍA HIPERIÓN *ex aequo* a los libros

Las palomas mensajeras sólo saben volver
de ALEJANDRO CÉSPEDES

y *Variaciones en blanco*
de ADA SALAS



Biblioteca Virtual ACEB

© copyright: Alejandro Céspedes, 1994

© Asociación Cultural La Baragaña (para esta edición electrónica)

© Alejandro Céspedes (imagen de portada)

1ª Edición: Poesía Hiperión, 1998. ISBN: 84-7517-533-3

2ª Edición: Códice de Barras, 2012.

3ª Edición: Biblioteca Virtual ACEB, 2020.

Esta edición, por ser de carácter gratuito, no precisa de ISBN o Depósito Legal.

Este documento se encuentra en la versión 1.0; que ha sido finalizada el día 26 de noviembre de 2020. Quizá se pueda obtener una copia en distintos formatos o en una versión más reciente de la obra en la página web de la asociación:

<http://www.bibliotecavirtualaceb.org/>

El presente libro puede ser descargado total o parcialmente en cualquier tipo de plataforma de lectura para uso personal e individual. Para ser publicado en papel o en cualquier otra biblioteca virtual, blog, página web o similares deberá contar con la autorización expresa del autor.

La autoría de la obra está protegida por Copyright.



Ada Salas y Alejandro Céspedes.

SANTOS CIRILO

Foto: Santos Cirilo; El País. 1994.

*A Malaceja,
la casa que aún recorren los sueños de Agustina.
Vagan por ella igual que unos cachorros de
fantasma, después de tantos años.*

I PARTE

*Es curioso, pero vivir consiste en construir
futuros recuerdos.
Ernesto Sábato*

I

Tu ya no eres el cóndor
que otea las montañas.
Mis manos no están hechas
para aplacar la furia de los vientos
ni sé extender tus alas retorcidas.
Ya no surcas los cauces de las nubes.
No asciendes hasta el limbo de las rocas.
No vuelas. Te despeñas
lo mismo que los sueños
hace tiempo arrojados
desde la gran altura
de la desesperanza.

Y es que dioses farsantes
habitan en tu nido
y sus bocas abiertas
reclaman ser cebadas con tus vómitos.
Se nutren de tu savia contagiosa.
Tú yaces vertical. Extenuado.
Vuelas como el ciprés, con la mirada
puesta en el eje mismo de la atmósfera.

No te engañes leyendo los surcos de las manos

ni escrutando los posos de las tazas
ni atisbando las huellas de los astros.
Para saber que ya no eres el cóndor
que mecía la cuna de los aires
no hacen falta tu dios ni sus oráculos.
Y yo no puedo hacer más que soltarte.

II

Las lágrimas que viertes en la almohada,
y que habrán de secar sin dejar huella,
no son sino afluentes del pequeño
caudal con el que baja ya tu vida.
No has crecido y qué pronto desembocas.
Ni tiempo tus recuerdos han tenido
de ir rodando y haciéndose guijarros.
Te vas con tu memoria inestrenada
y has llenado el embalse de la mía.

III

La muerte está creciendo
en ti como un silbido.
Te está llenando el tórax. Cuando expires
aire sólo será lo que tú fuiste.
¿Quién lo respirará, dónde ese aliento?

IV

Si fuese yo druida para amansar la noche
cuando el insomnio terco se endereza
y edifica el recuerdo sus borrascas.

Si amamantando al tiempo consiguiese
embriagarlo
y confundir su exacta trayectoria
dominando a mi antojo su dictamen.

O si supiese cómo el futuro germina,
en dónde la memoria se destierra,
qué enmudece los ecos del pasado.

Pero soy sólo hombre y nada puedo
contra el verdugo armado que en la noche
se introduce en mi sueño y lo cercena.

La vida se rezaga, rueda como un rosario
recluido en el regazo de una vieja
enlutada que rumia los brotes de las horas.

La herrumbre del olvido no consigue
ocultar la intemperie de mis poros

ni cegar el dolor de mis pupilas.

Ya no se reproduce ni el silencio.

La soledad, que es aire,
se posa sobre el muérdago al acecho.

El corazón errante de los lobos
se empolva en las cañadas con ecos de un aullido.
Nada se reproduce. Ni el silencio.

Y yo soy hombre solo. Sólo hombre.
No lobo, aire, herrumbre, ni druida,
y cometo el error de la esperanza.

V

Sufres el espejismo de la noche
que rellena los vasos
y te envía sus sombras alcahuetas.
Pero el día se empeña en recordarnos
que la noche es la niebla que separa del miedo.
La escarcha que se asoma detrás de los cristales
se afila en una larga estalactita
que es preciso beber para saber que estamos
juntos, aunque ya existe una frontera
trazada entre los dos como una herida
que no quiere curar, ni emponzoñarse.

En la cima del sueño
el día tensa el arco.

El primer haz de luz que nos alcance
nos dejará desnudos de promesas.
Recoge esas palabras en desuso
antes que la mañana nos dispare.
No me dejes caer en la tentación,
y líbrame del mal,
del bien,
de la esperanza.

VI

Arropeemos la boca con ardiente ginebra
para engañar la estéril ancianidad de asirnos.
Nos donará el coraje para incrustar las manos
con el empeño terco de retener la dicha,
nos dejará vestir a otros fantasmas
y habitar el pasado en donde fuimos huéspedes
de un paisaje de gozo
que hoy nos presta el valor para admitirnos.

Qué resplandor, qué argucias
nos injerta el alcohol en los deseos.
Qué ardor nos precipita
a amar en la esteparia meseta de tu cama.
Qué ansiedad nos desnuda
y escala hasta las cimas de los cuerpos,
qué provoca en la piel,
qué extraño río sacia
esta sed que no es hoy, ni ha sido antes,
más que una sinfonía cansada de embaucarnos
cambiándonos las notas según sea
la forma de embestirnos con los vientres,
o de estrellar los dientes contra el beso.

Estamos tan distantes,
perdidos en las sábanas,
borrachos sobre el poso del orgasmo.

El rito del silencio
diseca los minutos
que cuelgan de la lámpara
como ahorcados murciélagos.
El sudor coagula.
Un páramo de hielo
apelmaza la vista.

Ven.
Arropeemos la boca con ardiente ginebra.
Que cada nuevo sorbo ahogue este ladrido

iaurora del alcohol!
tú que quitas las tinieblas del mundo
ten piedad de nosotros.
Tú que borras los bordes de las horas
ten piedad de nosotros.
Tú que todo lo hostigas
danos la paz.

VII

Me aferro a la memoria pero el tiempo
rechina entre nosotros, y los días
son pañuelos que arrastran las tormentas.
La ilusión convalece, es éxodo de harapos.
Todo es tan verdadero
como ésta sensación de que ya es tarde.
Recorremos los muslos y somos luz pasada.
Al besarnos el pelo descubrimos
que sólo un olor rancio
nos evoca otro tiempo
donde existió la gloria de las flores
y habitó el esplendor entre la hierba.

Qué fatiga mentirnos
y qué inútil tratar de disfrazar los verbos
pues las palabras frenan
con el chillido hastiado de los trenes
sin alcanzar el túnel de la boca.
Y cuando estamos juntos,
tendidos en la cama, al lado uno del otro,
también los dos sabemos
que un ciprés se levanta en las pupilas.
Ocultos tras la niebla del silencio

tratamos de pasar inadvertidos.
Soportamos las horas de la noche
sujetos a un recuerdo que inútilmente hilvana
los restos de la vida que aún nos cercan.

VIII

Te empeñas en llegar hasta el final,
en exhumar ausencias, noches rotas,
mientras te va emergiendo
de yo no sé qué abismo de la mente
un iceberg de dudas que intentas derretir.
Y al amarnos, pues insistes en eso,
todas nuestras caricias se deforman.
El cuerpo es una jungla
tan poderosamente enmarañada
que nada hay más difícil que encontrarnos.
Nunca estamos tan solos como ahora.
Pero el dolor, que es sabio, nos engaña.

IX

Veo tu cuerpo alzarse ante la línea
que separa los tiempos que vivimos.
Pero sé que no estás.
Que es espejismo todo
cuanto a ti me remite.

Vienes a mí ofreciendo -aunque ya sabes
que cada sueño nace a un plomo atado-
las migajas de toda una existencia.

Acaso ésta ilusión, que dura un pestañeo
y hace del tiempo un círculo cerrado,
es todo lo que abarca la anchura de mi frente.
Los radios que me unen
desde el centro hasta el borde de tu vida
son agujas que siegan mientras giran.

X

Como último recurso
he ido a buscar fantasmas
a un sombrío desván de mi memoria,
pero el tiempo ha raído la urdimbre de sus
sábanas
y ahora yacen

desnudos,
invisibles,
ausentes.

Tumbado sobre el moho del recuerdo
espero con paciencia
que el castillo de sombras, construido
con tan enorme esfuerzo, se incline ante los días,
impasibles rumiantes que lo trituran todo.

Solo subsiste
 el eco
de su run-rún mecánico,
la experiencia de amortiguar el grito
de unos sueños tronzados
que siguen fragmentándose
hasta volverse arena de un reloj insaciable.

El tiempo es mi resaca.
Del poso de los vasos
resucitan de nuevo mis espectros,
y el amargo espejismo que vive en las botellas
me hace ver que debajo del escombros
aún hay vida.

XI

Se encarama la luz,
por fin, sobre la fiebre de tu boca,
después de traspasar tan larga noche.

! Qué avalancha de muerte traen tus venas
y qué frágil velero te transporta ¡
Tienes los labios ácidos,
agrietados,
cansados de remar contra el insomnio
que rompe como espuma en la mañana.
Están varados, tiemblan
en los escollos que ya enseña el día.

Rezuma por tu cuerpo
la humedad de la vida.
Se evapora y te deja
sólo espuma salada
como sucio rocío
que marchita las células.

Sé que te estás muriendo entre mis sábanas.
Que me estás agarrando como a un pájaro

y encerrando en la jaula del recuerdo.

Pero acudo al reclamo
aunque no haya horizonte en lo que ofreces.
Al apoyar la frente
sobre el sudor que mana en tus mejillas
como un claro en la selva
se ilumina el abismo de tus ojos.

Sé que no hay horizonte
más allá de las bocas que ahora unimos,
pero intenta dormirte

mientras besas,
mientras sueñas,

terminas.

XII

Llegó como una uña,
que desgarró la noche,
la muerte tanta veces exigida.

Reconocí su sombra
que se posó en mis hombros
y amordazó el aullido.

Un cerco de tristeza
se apresuró a enlodar
espigas maduras.
Se emplomó la ciudad
con un llanto grisáceo
cuando arrancó la lluvia
que borra los paisajes.

Saltó como garduña,
fracturando tu cuerpo de jilguero,
la muerte, tanto tiempo reprimida.

Se retorció la noche y sus misterios
se me hicieron de golpe
transparentes y aciagos
pero no supe hallar

materia novedosa para el llanto.

No sé si hubo el dolor,
pues era una costumbre entre nosotros.
Sólo un fragor de manos enlazadas,
llamando a cada dedo por su nombre,
prolongaba el aliento que se iba
y aplazaba el recuerdo que venía.

XIII

Por fin,
no estás.

Abandonaste el campo de batalla.
No tenía tu cuerpo
trincheras que entregar a su enemigo.
Ni un milímetro más
podía retirarse en ti la vida.
Rendido
en una tierra de nadie,
en un hospital de nadie,
te has llevado contigo a tus verdugos.
Ya con el alma líquida,
en la fosa común de la memoria
yaces.

II PARTE

*Qué es un fantasma? –preguntó Stephen-
Un hombre que se ha desvanecido hasta hacerse
impalpable, por muerte, por ausencia, por
cambio de costumbres.*

James Joyce

XIV

Yo también fui un dios joven
y aprendí a caminar sobre las aguas.
Pero a aquella inocencia
la sujetaba un nudo de promesas.
No existía el recuerdo
y la memoria era
esplendor en la hierba todavía.

La vida era ilusoria.
Después se hizo real, y ahora ya es cíclica.
Paloma mensajera
que únicamente sabe
volver, una vez suelta, hacia el origen.

Lo mismo que el recuerdo,
ya no sabe escapar, solo regresa
y me arrastra con él
y en su obsesión repite:
son los seres que fui los que me aguardan.

El recuerdo es un viento
que erosiona la magia de los días.

He aprendido muy tarde
cuánto reseca el sol de la memoria,
cómo eclipsa su óxido
la luz de la mirada,
con qué zarzas restriega nuestros labios.

Se va agostando todo
y se arruga el deseo entre las horas.
Maquillar las palabras,
recomponer caricias,
no acallará los ecos del pasado.

Del tiempo somos huéspedes,
él edifica nuestra anatomía
con sueños anudados
que al aflojarse abren
sobre la piel profundas cicatrices.

Emigran a la infancia
los pájaros que anhelan paraísos.

Sólo queda la ausencia.
Recolectar los astros luminosos
y azulejar con ellos
los sueños extinguidos
no tapará las grietas de la vida.

Después llega el recuerdo
ajado del continuo manoseo.
Como un perro perdido
me obceco en relamer
unas latas vacías.

El agua hunde mis pasos.
Se nubla el esplendor que hubo en la hierba.

Palomas mensajeras
vuelven hacia el pasado
para llevar semillas de memoria.

XV

*No es el amor quien muere,
somos nosotros mismos.*

L. Cernuda

No eres tú. No, no eres,
oh inútil pesadilla de la noche,
quien sigilosamente me inyecta su veneno.

No eres tú la dolencia
que, obstinada, me empuja en su delirio
hacia un acantilado de afilados recuerdos.

Ni es tuya la palabra
que, fría como abrazo de serpiente,
en mi cuello se enrosca y enmaraña mi lengua.

Ni eres dueño tampoco
de este placer que araño en la memoria
y acabará manchándome de translúcido hastío.

No eres tú quien se muere
desnucado de nuevo contra el humo

XVI

Van los días trenzando mi memoria
en su angosto y lentísimo descenso.
Se posan en el aire como indecisa pluma,
arraigan en la nada
y su raíz estéril
estrangula el discurso de las horas.

En mi cuello el pasado echa su aliento
áspero como un trago de aguardiente.
Las furtivas figuras, que poblaban
éste tiempo aplazado, se desvelan
y remuevan los frágiles cimientos
sobre los que la vida alzó sus muros
con la vana intención de hacerse fuerte.

Saber que ya no estás es el abismo,
y aunque soñar no acorta la distancia
-es último reducto, es único artilugio-
siempre recurro al sueño como a un mapa.
Porque no se qué hacer para encontrarte
y la noche se adensa y tú no estás.

de otra esforzada llama que también hoy
se extingue.
No eres tú.
No,
no eres.

XVII

Hace ya mucho tiempo que un recuerdo
se fugó del redil de mi memoria.
Se esconde como un duende
detrás de las partículas de polvo
que flotan en el aire
si el aliento del sol las ilumina.
Se oculta en el perfume que yo inhalo
al desnudar el alma de los libros.
Se sumerge en la infancia del tintero
y entre los nervios del papel se esparce.
Me observa boquiabierto en la pecera.
Me espía en el envés de las sonrisas.
Se emboza con la enagua de las olas.

Pero no puedo asirlo. Se escabulle.
Se refugia en el poso de un café consumido,
traspasa la frontera del espejo,
vuela hasta el capitel de las tormentas,
se nutre en la placenta de mi asombro.
Pero otras veces surge,
jactancioso, insultante, toma cuerpo
e inaugura su ultimátum en mis sienes.
Con tesón se dedica a afilar mi tristeza,

la convierte en agujas y en sus ojos
el hilo lacio del pasado enhebra.
Entreteje los grises de la tarde
sobre la trama espesa
de la lluvia que cae lánguidamente
y muere arrodillada en el asfalto.

Entonces el recuerdo se hace música.
El *cello* es una indócil mariposa
que vuela atolondrada
por el ceñido cosmos de mi frente.
Una soprano fría
penetra en los relojes
y haciendo un bisturí de cada nota
degiella el crecimiento de los ciclos.

Sigue lloviendo fuera.
Gotea en los cristales
la sangre de las horas
y Pergolesi vibra
por penúltima vez mientras se enreda
entre los pentagramas que forma el aguacero.

El pasado se deja caer sobre mi espalda,
encorva la altivez de mis pupilas
y las hunde y restriega contra un poso
de álbumes.

Se descorre la mugre de sus lápidas.
Otra vez el recuerdo comparece
y ocupa los silencios de mis manos.
Pero no puedo asirlo.

Vuela hasta el capitel de la tormenta.
Traspasa la frontera del espejo.
Se sumerge en los vasos donde escondo
tras un velo de alcohol mi cobardía.

Pero no puedo asirlo,
devolverlo al redil de la memoria,
convertirlo en un barco de papel que luego
podría abandonar en la corriente
que embiste los bordillos de la acera.
Y a la deriva entre los borbotones
que forma la garganta de un desagüe
aliviado vería un remolino
engullir su soberbia
y succionar los gritos
de otro sueño infeliz que,
al fin,
se ahoga.

XVIII

Aunque he soltado el hilo de todas tus cometas
para ver cómo el viento las alzaba
y luego, a la deriva, se perdían,
han quedado varadas en el cosmos
y ocupan el lugar de las estrellas.

Así pueblan mis noches.
Se asoman luminosas por sus grietas,
guillotinan las sombras como un rayo de peces
y sus colas ondean y emborrachan la vista.

Cada noche se muestran, sonríen, se numeran,
Emiten sus aullidos disfrazadas
de ese lobo sin fe que es la memoria.
Y yo rumio sus ecos,
son como el chicle insípido
que de niño pegaba en el pupitre
para irlo masticando un día tras otro.

Me siguen como un perro abandonado
al que un mal día, caritativamente, ofrecí pan.

XIX

Los recuerdos se expanden
y ennegrecen la vida igual que un hematoma.
Con su polvillo de carbón recubren
la jugosa pradera de los versos de Wordsworth.

Se derraman y caen sobre las manos.
Son densos, pegajosos como la miel oscura.
Su regreso no es dulce,
resentimiento sí, también desquite.
Vengativos me azuzan sus nostalgias
y me muerden los dedos extendidos
que afanosos intentan
asirse a los escollos del presente.

No hay refugio
ni balsa que me ayude en el naufragio.
Los recuerdos me anudan
una losa a los pies de la esperanza
y mientras me sumerjo
en su abrazo de arena movediza
oigo a Natali Wood,
en pie junto al pupitre, equivocarse.
Pido entonces

a los dioses que siempre me engañaron
que nunca me devuelvan
el esplendor en la hierba,
que no me aflijan más con la belleza
que, amortajada, inútil, rencorosa,
perdura en las semillas del recuerdo.

XX

En tu arenal me agoto igual que una semilla.
Encallo en ti,
y tu nombre me invade
y me inunda la boca
y al querer pronunciarlo
se me enrosca en la lengua
y acabo por tragarme
ese recuerdo anfibio
que a tu sabor, de nuevo, me condena.

XXI

Aborrezco el poder de la memoria.
Invade cada instante de mi vida.
Indulta a los fantasmas, coloniza mis noches,
excava en sus laderas
unos fosos tan hondos
como incurables llagas
a los que la ginebra únicamente
concede el entreacto del olvido.

La plenitud del sueño me repudia.
En su orilla embarrancan, ola a ola,
los naufragios que emergen del pasado.

XXII

Como una incandescencia de autopista
la reverberación de tu recuerdo

flota.

Es tan dócil como una hoja arrancada.

Es traidor como el agua de un estanque.

Limpio y fresco se muestra,

pero al meter las manos

el fondo se revuelve

y sólo llega el fango hasta los labios.

XXIII

Qué vértigo asomarme
al abismo en que duermen los recuerdos.

El tiempo, transparente,
confunde a los sentidos
y al extender las manos
para recomponer ruinas dispersas
me empuja hacia el vacío que de súbito abre.

Se disfraza otras veces
de playa solitaria
y con el ronroneo de sus olas
va enzarzando los pies de la memoria
y la lleva hasta el fondo de los días hundidos.

Allí están las veredas que trazaron los labios
hacia ningún destino,
 hoy cubiertas de algas.
Están allí los restos de los nombres
que aprendí a susurrar,
las caricias prendidas en jirones de náufragos,
deseos esparcidos,
promesas encalladas ...

El recuerdo conjura estas ruinas de atlante.
Los fantasmas reviven,
resucitan pasiones olvidadas
y vuelven a besarme en las mejillas
aquellos sueños dulces, acelerados, frágiles,
que intentaba beber,
pero al llegar el día
con su aullido de luz los fragmentaba
llenándome la boca de cristales.

Oh, sueños penitentes,
cogedme de la mano,
robemos al recuerdo algún instante
de ese trozo de vida digerible.
Accedamos descalzos a su indócil esencia
para que no se espanten los cándidos fantasmas
que están de aquel naufragio resurgiendo.

XXIV

El ruido de los años,
la edad que cae a trozos
y se quiebra con gritos de armadura,
espantan a mis duendes
hacia su cruel destino.

Toda la luz es cómplice del crimen
y cada noche encubre sus pisadas.
Así, el tiempo, tras sus sombras oculto,
con gran fragor de élitros desciende
lo mismo que una nube de langostas.

Oh, cenicienta estepa, desvalijada infancia,
qué ejército de huérfanos espectros hoy reclutas.
Qué turbulentos días
nos conducen sin cauce hacia el futuro.
Saquea los desvanes un delirio de tiempos
y cuadernos y libros y almanaques y diarios
desgranar ultrajados sus hojas carcomidas.
Sobre un eclipse el miedo echa sus anclas,
un vendaval de horas embarulla las huellas
y su polvo sepulta la voz de los juguetes.

Los caminos se tornan en recónditos ecos
y el regreso es un vano e inasible espejismo.

Sólo queda memoria,
anémico el presente se deshila.
Ya no anida el calor en los pajares,
no hay antiguos baúles para esconder los sueños
ni un regazo siquiera donde remanse el llanto
ni unos dedos que enreden mi cabello, y me
calmen.

Y a vosotros, fantasmas que habitabais
en la mísera infancia siempre en guerra,
quién osará nombraros para poblar los cuentos
o en la noche citaros, si ya sois sólo sombras
y no puedo llorar, pues vuestra muerte
es no poder vivir en mi pupila.

XXV

No queda tiempo ya.
Se escurre de puntillas despoblándome.
Halo de luz que deja
huellas tenues de seda parecida
a la estela nocturna de un caracol que escapa.

Se alejan los recuerdos.
Un frenesí de sombras como un río
agitando su propia inexistencia
deja seco el caudal de mi memoria
y adelgaza la vida lo mismo que un silbido.

Ningún camino acoge
el arrastrar del paso que soporto.
Retrocede el aliento hasta su génesis
para intentar decir palabras sanas,
pero un silencio viejo,
agotado de andar entre los dientes,
anega los sembrados de las voces.
Tropiezo, al escapar, con mis deseos.
A tientas los descubro
y son viscosas formas
que al intentar asirlas
como peces escapan.

Nada sé del destino, y el pasado
me ofrece sólo sombras deslizándose,
apresurada brisa que se convierte en tiempo,
en tierra, en polvo, en humo, en sombra, en nada.

XXVI

Nada peor que tú. Siempre perduras.
Te escondes bajo el fango inmaterial que habitas
y emerges luego, anfibio.
Ascienes desde un poso de memoria,
sobrevuelas el alma
como un buitre al acecho
del instante que muda en carroña la dicha.

Hoy circundas mis restos.
Aguardo a que te poses para el voraz mordisco.
Encenderé la yesca de frente amustiada
para abrasar las alas que te guían.

!Extinguirnos por fin, recuerdo mío!
juntos los dos, sin tiempo y sin
retorno, alzados en la cúspide del
humo.
¡Y ahora vuela otra vez.

Somos pavesas!

XXVII

Quién dio cuerda inmortal a la metáfora
enquistada, enfermiza, que es el tiempo.
Qué mujer necia amamantó su boca
cuando era todavía el inmenso vacío,
un cadáver vampiro sin historia.
Cómo aliviar el peso de los fardos
que echó a mi espalda el lastre de los días.

El tiempo está al achecho.
Viene hacia mí sobre un lecho de alfombras
para que no descubra el roce de sus pasos
y no prepare el flanco que ha de herirme.
Engorda,

se agazapa,

se hace espeso.

Es una masa idéntica a la arcilla.
Es cera y se apelmaza en los minutos.
Gotea lentamente.
Forma la estalactita de las horas
que luego al desplomarse
hace crujir las vértebras
que marcan otro espasmo en los relojes.

El tiempo resucita en cada instante.
Tras de cada segundo hay un fantasma
incapaz de aplacar su ventriloquia.
Vivir es reincidencia.
Contemplar cada ciclo del eterno discurso
que va precipitándose por un cuello de vidrio.

La arena se derrama
de un cuenco de cristal hacia otro cuenco
idéntico
al que hay, una vez más, que dar la vuelta
para poder perderse entre las dunas
del desierto minúsculo que forma.
Un desierto sin centro y sin orillas.

XXVIII

Yo soy la desnudez
y no el otoño.
Ya no vibran mis ramas
ante el viento templado de una risa
y sólo alzo el luto de mis yemas
para arañar el rostro del vacío.
Extremos, filamentos de unas manos,
que ya no se deciden a apretar,
a acariciar siquiera.

Incapaces de asir,
de retener, de darse,
ni de unirse para formar un cuenco
donde mojar los labios agrietados.

Siempre serán cobardes
allí donde comience una quimera.
Siempre en la parte llana del risco del deseo.
Siempre en las comisuras, siempre a medias.
Siempre mitad crustáceo mitad ave
mitad cardinal punto mitad caos
se crispan como un garfio en la rendija
por donde escapa el sueño y su destino.

Pero nunca agarrar.
¿Es ésta la condena?

Pero nadie responde.
El cielo esta vacío, y en la tierra
duplica el horizonte su inmensidad extraña
y exhibe mi desnudo en su planicie.

Llega el frío.
El vaho de mi aliento
cuelga sobre la noche
como una telaraña humedecida.
En ella queda escrita la blasfemia
que lanzo contra el dios de los rebeldes.
Y él ni siquiera envía sus arcángeles.

Ni un reproche.

Sólo descende un germen de silencio
que retoña en la orilla de mis ojos
y medra, se enmaraña, me circunda,
se hace bosque de enérgicos espinos
y, al intentar salir, mis pies se enredan
igual que un algodón entre sus zarzas,
me desplomo y al extender las manos
para menguar el golpe, los diez dedos
igual que diez raíces en la tierra

se introducen para buscar a tientas
un indicio al que asirse, un borde, pero
no logran ni rozar lo que anhelaron
a lo largo de toda su indecisa ternura.

Es ésta mi condena.
Contemplar cómo va secando todo.
Introducir mis manos en la tierra.
Ser los dedos raíces afligidas
siguiendo una costumbre milenaria.
Pero no germinar.
Horadar incesantes
y palpar el ombligo del deseo
sin hallar humedad en sus riberas.
Levantar hacia el cielo mis ojos de semilla
para observar que un pedregal de nubes
harinosas presagian
la génesis gradual de otro desierto.

Así doblo y humillo mi ramaje
desnudo en las mejillas de la arena.

La sombra de la luna me señala
la frente con un rastro de ceniza.
Es la confirmación de mi destino.
Toda vida descrita
antes de este renglón no vale nada.

XXIX

Entre la nata espesa
que forma al derretirse
sobre el café un círculo de oro.
En la corteza albina
de un abedul que sigue
alargando tu ausencia entre sus ramas.
En el espacio oscuro
que media entre los ojos de un ternero
que acaba de nacer y nada sabe.
En los libros mecidos por tus manos
y en su olor a humedad hecho costumbre.

Todo eso te retiene.
En cada cosa estás
y te recuerdo.

En un rayo de sol que vi en octubre
iluminando el musgo
que sirvió de reposo a tu mirada.
En el oro que ofrecen las mimosas.
En las charcas profundas donde todas las ranas
han soñado algún día depositar sus huevos.

Sobre un mantel de cuadros, rojos, blancos,
cubierto por la nieve de las migas del pan.

En los gritos

de soledad

del eucalipto.

En su aliento de bosque.

En el curso silbante de una piedra

que abre un cauce en el aire antes de ahogarse,

y mientras se sumerge

en el lago en que duermen los recuerdos

me deja tus pupilas abriéndose en el agua.

*Por la que usted será; por la que acaso no
entenderé. Por todas esas cosas dispares,
que son tal vez, como presentía Spinoza,
meras figuraciones y facetas de una sola
cosa infinita, te dedico este poema,
Agustina González.*

XXX

A cada paso crece
el paisaje que forma mi pasado.
Una vasta planicie
se extiende desde el bosque de la infancia.
Se ha cubierto de verde
el desierto de los últimos años.

Hay tardes en que un grillo
saliendo de una cueva muy distante
hace que se detenga
el ritmo de mis pasos.
Miro hacia atrás y veo
los prados que he pisado.
Y se que estás ahí,
en algún sitio,
y cantas.

XXXI

Para todos los niños que había
en los hombres que amé.

Resucita el deseo
y ciega su esplendor viejas miserias.
El luto de mis noches
se hace fuego en sus ojos
y lentamente funden mi armadura.

Oh, saeta del ansia,
veloz rasgas el velo del olvido,
y la guerra de espectros
que vuelve del pasado
alza sobre la tregua su estampida.

En mi interior subsisten
tus estrías, los ecos de un espasmo
chocando en el vacío
lunar de mi esqueleto,
ocultas bajo un manto de hojarasca.

Resurges del naufragio
virgen y sin historia. Y mis heridas
quién recuerda si fueron
de un soplo de promesas
que arañó al escapar mi piel inerme.

O si fueron del ancla
que el pasado arrastró al partir su nave,
o del grito de un sueño
que cae a la vigilia,
o de tus propios dientes,
quién recuerda.

Me aproximo a tu copa
sin fe, sin dios, sin alma, y con los dedos
atados por el nudo
calloso de la vida,
hartos de apuntalar dioses mundanos.

Pero tú me desatas,
y al apurar los vasos de tu vino
desoigo las razones,
se calman las heridas,
tiendo hacia ti unas manos sin costuras.

Y aunque todo me advierte
que otra vez será amarga tu resaca,

me aventuro a soltarte,
paloma mensajera
que emprenderás el vuelo hacia el pasado.

BIOGRAFÍA:

ALEJANDRO CÉSPEDES (Gijón, diciembre, 1958) es licenciado por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo. Residió en Madrid durante más de 30 años, a partir 2017 lo hace en Oviedo. Su trayectoria profesional desde 1980 se desarrolló en el campo de la gestión cultural en todos los ámbitos de la administración pública, compaginándola desde 1994 con la gestión y dirección de espacios escénicos, programación, producción, distribución y dirección escénica: (INAEM, Comunidad de Madrid, Festival de Otoño, Veranos de La Villa, Teatro Fernán Gómez y los Ayuntamientos de Madrid y Móstoles; también formó parte durante 10 años del Comité de Dirección del Festival de Internacional de Teatro Madrid-Sur con José Monleón). Miembro de la SGAE desde los años 80, compuso letras de canciones para importantes músicos españoles, entre los que destaca Luz Casal.

Realizó crítica de poesía en el suplemento cultural del diario El Mundo desde 1998 a 2002; fue miembro fundador y del Consejo Editorial de la revista Número de víctimas del Foro de Escritores contra la Guerra del Ateneo de Madrid y responsable del Área de Poesía de la revista La Cultura de Madrid. Ha publicado sus poemas en Insula, en los diarios ABC y El Mundo y en la mayoría de revistas literarias españolas. Desde 2009 a 2011 codirigió el programa de poesía Definición de savia en la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y en la Cadena SER fue responsable de la sección de literatura y teatro del programa Café con hielo.



PREMIOS LITERARIOS: Ha obtenido, entre muchos otros, el Premio Jaén de Poesía, 2009; Premio de la Crítica de Asturias, 2008; Premio Blas de Otero, 2007; Hiperión, 1994; Navarra de poesía, 1985; Internacional Villa de Lanjarón, Granada, 1985 y Ángel González, Oviedo, 1984, así como el accésit del Premio Internacional Teatro Español de Madrid, 1985 y el Premio Standard de Textos Teatrales, 1977.

PUBLICACIONES: El aliento del klai (Huerga y Fierro-Rayó Azul, 2020); Las caricias del fuego (Amargord, 2018); Voces en off, (Amargord, 2016, 2ª ed. 2017); Topología de una página en blanco (eBook, Códice de Barras, 2011, y Amargord, 2012); Flores en la cuneta (Hiperión, 2009); Los círculos concéntricos (AEAE, 2008); Sobre andamios de humo –Poesía reunida– (Vitruvio, 2008); Y con esto termino de hablar sobre el amor (incluido en Sobre andamios de humo); Hay un ciego bailando en el andén (Hiperión, 1998); Las palomas mensajeras solo saben volver (Hiperión, 1994); James Dean, amor que me prohíbes (Pamiela, 1986); La noche y sus consejos (Genil, 1986), y las plaquettes La escoria de los días (Madrid, La esfera, 2009) Tú, mi secreta isla (Málaga, Plaza de la Marina, 1990) y Muchacho que surgiste (Santander, Scriptum, 1988)

POESÍA ESCÉNICA Y VÍDEO+POESÍA: Desde 2008 ha desarrollado un importante trabajo en los ámbitos de la video+poesía y la poesía escénica con la dramatización y puesta en escena de vídeo-espectáculos para las lecturas de los libros: Los círculos concéntricos; Flores en la cuneta; La libertad del títere, sobre textos de Topología de una página en blanco; Voces en off, la invención del espacio, con dos dramaturgias diferentes: una para cinco personajes y otra para uno solo; y el último trabajo: Las caricias del fuego, una película de 1 h de duración sobre los abusos sexuales en la infancia realizado a partir de textos del libro del mismo título, además de un vídeo-espectáculo acompañado de una lectura dramatizada. Estos espectáculos se han representado/proyectado en el Festival Internacional de Cine de Gijón (FICX PLUS), Pequeño Cine Estudio de Madrid, Teatro Fernando Fernán Gómez, Centro de Creación Contemporánea-Matadero, Palacio de Cibeles y Auditorio de la Delegación del Principado de Asturias (todos ellos en Madrid), Teatro Filarmónica de Oviedo, Auditorio de Cuenca, Sala Carme Teatre, Festival Vociferio 2018 (Valencia), Teatro Palacio de la Audiencia (Soria), Teatro Circo (Puente Genil, Córdoba), Museo Barjola, Auditorio de la Antigua Escuela de Comercio y Teatro del Centro de Cultura Jovellanos (todos ellos en Gijón), Centro Cultural de la Generación del 27 (Málaga), Universidad de Zaragoza, además de en otros espacios de la geografía nacional.

<http://www.alejandrocespedes.com>

HAN ESCRITO, ENTRE OTROS, SOBRE
LAS PALOMAS MENSAJERAS
SÓLO SABEN VOLVER:

- Rafael Alfaro;
- [Imaginación de los recuerdos Revista Reseña,](#) [julio, 1995](#)
- Luis Fernández Zaurín;
- [El ciervo, diciembre, 1994.](#)
- Vicente Presa;
- [Sur Madrid, octubre, 1994.](#)
- Víctor García de la Concha;
- [ABC Cultural, julio, 1994.](#)
- J.O.;
- [La Gaceta Universitaria; octubre, 1994.](#)
- [Diario de Mallorca, 3 de diciembre, 1994.](#)
- Susana Moreno;
- [El País, diciembre 1995.](#)
- [El Comercio, 16 de marzo, 1994.](#)
- Gonzalo Botín;
- [El País, 17 de marzo de 1994.](#)
- [La Gaceta Universitaria.](#)
- Rosario Rey;
- [Sur Madrid; entrevista. El País, 20 mayo de 1994.](#)

- Monserrat Garnacho;
- [Suplemento Cultural La Nueva España; entrevista. \(1ª parte\)](#)
- Monserrat Garnacho;
- [Suplemento Cultural La Nueva España; entrevista. \(2ª parte\)](#)

Más enlaces, entrevistas, etc. en la página del
autor: www.alejandrocespedes.com



<http://www.bibliotecavirtualaceb.org/>